

Para Catálogo Galería Ruth Benzacar

Exposición año 1999

(Corner Pieces y Obrador)

Mónica Giron, presencias y ausencias
Marcelo E. Pacheco

Y contrariamente a lo que la fenomenología -que es siempre fenomenología de la percepción- ha intentado hacernos creer, contrariamente a lo que nuestro deseo no puede no estar tentado de creer, la cosa misma se sustrae siempre. Contrariamente a la seguridad que nos da de ello Husserl un poco más lejos, la "mirada" no puede "permanecer".

Jacques Derrida,
 La voz y el fenómeno (1967)

En los últimos años los gestos artísticos de Mónica Giron estuvieron siempre relacionados con sus paisajes de infancia. Tejiendo trajes para pájaros patagónicos; modelando torsos femeninos que imitan cortezas de árboles sureños; exhibiendo guantes de tierras, rocas y restos orgánicos encontrados en los bosques cercanos a Bariloche. La Patagonia como territorio natural y como cuerpo cultural y como texto político nutrió objetos e instalaciones. Un quehacer artesanal junto a prácticas contemporáneas, le permitieron encontrar un registro propio construido sobre un soporte de taxonomías científicas y de muestrarios museológicos. La clasificación de pájaros, árboles y rocas de una lejana memoria escolar trazaba un atlas de la naturaleza patagónica. Sin embargo, el despliegue de formas domésticas y materiales reales o imitados guardaba otros sentidos posibles. El arte femenino de Mónica envuelto en lanas de colores, en corsés de maderas y nácar, en guantes de piedras y tierras, encerraba un espesor que lentamente se hizo evidente; su calor hogareño, tejiendo y cosiendo, eligiendo botones, hojas, arenas y cortezas, se mostró filoso.

Las obras de Giron aludían a un contexto poblado de fantasmas y desencuentros, revitalizando modelos y manías de los noventa; un sistema de signos y significados globalizado, era interrogado y atravesado por tensiones individuales y comunitarias diferentes. Sus taxonomías se transformaban en comentarios políticos y en estructuras atentas a otros sentidos y otras necesidades. El querer-decir de sus trabajos alumbraba otros campos de la percepción y de la conciencia. La reiterada presencia de cuerpos, manos y torsos ausentes y la obsesiva manualidad y la enumeración detenida de animales, plantas y minerales, eran todos elementos de un discurso que cargaban sus latencias en un territorio autobiográfico pero también histórico, aquí y ahora en un tiempo presente que es continuo y en una geografía que cruza fronteras y replantea límites.

Las dos instalaciones que hoy presenta Mónica Giron, después de una ausencia evidente y prolongada, son resultado directo de sus historias personales y artísticas de los últimos años vividos en Buenos Aires y alimentados de exposiciones, talleres y encuentros en otras ciudades y en otros lugares. Las referencias patagónicas, múltiples y extensas, desaparecen; las alusiones al cuerpo se desvanecen; el sistema sostenido por el principio del inventario se quiebra; las ausencias, las mutilaciones y las desapariciones se transforman en nuevas presencias y en otras ausencias.

Corner pieces es sobre todo una pieza enigmática y seductora. Retazos de frazadas apilados en torres circulares que se extienden en el espacio sin lógica aparente; formas orgánicas y parasitarias que crecen sobre las paredes y el piso, relucientes en sus superficies cerámicas, en sus brillos y en sus colores. Frazadas secas y ásperas y geométricas, lacónicas y estrictas aún en la variedad de sus diseños; objetos informes y babosos, calientes, bellos y obscenos en

su seducción, provocando al tacto y deslumbrando a la mirada, creciendo inesperados, solitarios pero seguros de su propia multiplicación. Un interior simple, incluso degradado con su alfombra gris y barata, una arquitectura bastarda con sus rincones poblados de frazadas y de cerámicas. No hay composición sino un espacio bloqueado y sólo podemos observar, arrinconados, desde un centro vacío. Contrastes de formas: unas regulares y simples, reconocibles y reiteradas en su similitudes e insistencia; las otras amorfas, vitales y en gestación, temblando en el momento del alumbramiento, orgánicas y ambiguas. Contrastes de materiales: unas gastadas, cortadas, industriales y homogéneas; las otras artesanales, gelatinosas, cavernosas, diversas. Contrastes de colores y temperaturas: unas apagadas, sórdidas y frías en su propia inutilidad y vejez; las otras exultantes en sus colores y en sus luces, calientes en sus superficies como dragones chinos, amables y repugnantes, siempre excesivas. Lejos de sus obras anteriores este universo de sensaciones y de percepciones, es un mundo nuevo sin habitantes ni escrituras, más allá del saber, sin presencias ni metáforas. Simplemente caminamos desconcertados ante "la deriva indefinida de los signos como errancia y cambio de escenas encadenando las re-presentaciones unas a otras, sin comienzo ni fin." (Derrida, 1967)

Obrador puebla la sala con sus voces y textos (de) velados. La imposibilidad del decir mediante la existencia plena y el gesto artístico que busca iluminar en la repetición de sonidos y escrituras que se ocultan y desocultan. Un juego de presencias y ausencias solapando el lenguaje y reduciendo el mundo a apariciones que se (re)descubren con nuestros movimientos, avanzando y retrocediendo en el espacio. Dos recursos se combinan: voces humanas procesadas artificialmente en cinco grabaciones de las cinco vocales que se encienden, al mismo tiempo, que activan luces sobre cinco textos escritos en las paredes; luces que ciegan y tapan las escrituras con sus tintas fosforescentes que surgen sólo en la oscuridad. Tensión entre

el ver y el leer, entre el escuchar y prender las luces, entre la oscuridad y la lectura, entre el movernos o el quedarnos quietos, entre textos que fulguran en la oscuridad y desaparecen con la luz. La necesidad de anclar los balbuceos sonoros y el parpadeo de las luces nos vuelca a una lectura expectante de los textos que, sin embargo, se muestran también esquivos aunque sugerentes. Toda la instalación crece alrededor de las (im)posibilidades del querer-decir y de la representación, sobre la diferencia entre la imaginación de la palabra y la palabra imaginada, entre la palabra en el mundo y la percepción de la palabra. Obrador es una caja de resonancia sobre las posibilidades de dar existencia real a signos artísticos cargados de sentido. Los desvíos y las exigencias que Girón pone en funcionamiento, nos dejan a merced de sensaciones desarticuladas y fugaces. Una zozobra que como vivencia real y poética es la sensación que domina esta escena fabricada entre representaciones de representaciones, con la única certeza de que todo ocurre sólo en el presente. Descubrir la presencia de los textos iluminando la oscuridad silenciosa, con su fosforescencia física y de sentido, es nuestra tarea.

Corner pieces y Obrador desbaratan nuestra necesidad de argumentos y narraciones y nos ponen en un mundo en el que ya no sabemos, en el sentido que señala Derrida: "Lo que no quiere decir que no sepamos nada, sino que estamos más allá del saber absoluto (y de su sistema ético, estético o religioso) en dirección a aquello a partir de lo que se anuncia y se decide su clausura. (Š) No sabemos, pues, ya, si lo que se ha presentado siempre como re-presentación derivada y modificada de la simple presentación, como 'suplemento', 'signo', 'escritura', 'huella', no 'es', en un sentido necesariamente pero novedosamente a-histórico, más 'viejo' que la presencia y el sistema de la verdad, más viejo que la 'historia'."

Marcelo Pacheco
Buenos Aires, mayo 1999